

# Las Humanidades frente al dominio de la razón tecnológica y a la crisis de los grandes relatos

Martín HOPENHAYN

## I

Hoy parece incontestable que la modernización en América Latina aspira a renovar sus ímpetus, y no hay quien reúna suficiente fuerza para oponerle proyectos colectivos con real capacidad de convocación. Una nueva cruzada secularizadora impone un código de pretensiones universalistas. Racionalidad instrumental puesta al día, privatización acelerada, apertura de los mercados y una carrera contra el tiempo por modernizar lo modernizable y administrar lo no modernizable son sus manifestaciones más vistosas.

El capitalismo ocupa la profecía que Marx reservó para el socialismo: para realizar su utopía, se convierte en capitalismo mundial. La apertura de los mercados se impone a pasos acelerados en el mundo. América Latina revisa sus ventajas comparativas y responde a la normativa estabilizadora dictada desde el norte. El desplazamiento dentro del arco político hacia lo que eufemísticamente se llama el centro, oculta y revela esta opción: la aceptación de las reglas del juego del mercado "transnacionalizado", donde hay que olvidarse de reformas redistributivas de carácter estructural; y el uso de una racionalidad pragmática para garantizar el orden democrático y salvaguardar sus instituciones. Los programas de ajuste no varían demasiado de un candidato a otro, ni de un país a otro. Sí varían los instrumentos de la concertación, las reformas al poder legislativo, las fórmulas de descentralización

administrativa y el ritmo de la apertura: política y económica, claro está.

Dos fenómenos culturales subyacen a esta sintomatología en común. De una parte, una aceleración exponencial de la racionalidad instrumental en su ritmo de expansión y penetración en múltiples esferas de la vida humana, desde lo más público a lo más privado. De otra parte, la institución de un mercado sin fronteras como eje absoluto –o que se pretende absoluto– de la integración social exacerba las relaciones de uso. El afán de lucro ya no corre contra la corriente de la cohesión social en la ideología convertida en sistema. Todo lo contrario, vuelve como virtuosa motivación individual para la competitividad empresarial, pero ya no en los libros de economía política clásica, sino en la vida cotidiana.

Estos rasgos no son nuevos y han sido denunciados hasta el cansancio por los “humanistas críticos”. Pero la nueva hegemonía mundial del mercado y el nuevo poder diferenciador de la tecnología pueden exacerbarlos a grados sin precedentes. El “modo dominante de secularización” se asienta hoy sobre estos dos ejes: tecnificación y privatización exhaustivas. Resulta pertinente descomponerlos en el análisis.

## LA CULTURA DE LA INSTRUMENTALIZACIÓN

Estamos muy lejos de contar con un computador en cada hogar latinoamericano. Pero la cultura triunfante *introduce en la interacción social la imagen de un computador al alcance de cualquiera*. La relación con el trabajo y con el ocio, en el caso de los integrados a la cultura triunfante, pasa por un trastocamiento decisivo en los usos de la comunicación y de la información. Esta sugerente sincronía entre la revolución de la informática y la de las telecomunicaciones constituye hoy el multiplicador más sonoro –y el más silencioso– del “modo dominante de secularización”. Enchufarse o morir sería la imagen exagerada de este patrón de integración.

En nuestro continente, la racionalidad instrumental penetra de manera muy desigual. Baste comparar la infraestructura en computación en colegios de élites con su absoluta ausencia en la educación pública. La mentalidad escolar en los primeros se orienta cada vez más a una lógica del rendimiento –la japonización de la educación a escala latinoamericana–, mientras las escuelas públicas siguen atrincheradas en un enciclopedismo anacrónico y de mala calidad.

En la esfera del trabajo, la lógica del rendimiento subyace, como mano invisible, a la diferenciación creciente de procesos productivos. Esta lógica encuentra su expresión más desnuda

en la máxima de la competitividad: ser más productivos o salir del mercado. Si bien es cierto que la cultura empresarial en nuestra región incorpora esta racionalidad de manera espúrea, sus perspectivas a mediano plazo aparecen condicionadas por el imperativo de la eficiencia por sobre todas las cosas. Si la "plata fácil" fue la fórmula parasitaria de la clase alta durante el boom del capitalismo financiero, los años noventa insinúan un giro: o los empresarios aumentan su capacidad productiva-competitiva en mercados reales, o no hay especulación que los salve. La *eficiencia* figura, como palabra mágica, no sólo en los cursos para ejecutivos en las empresas; también los medios de comunicación de masas y los discursos políticos "normalizan" con la lógica de la eficiencia.

No pretendo negar la importancia de la productividad para el desarrollo, sobre todo en sociedades que, como las nuestras, no han logrado forjar una cultura empresarial capaz de sobreponerse a las tentaciones del rentismo. Lo inquietante en el mediano plazo es el condicionamiento del valor asignado a la productividad en el orden simbólico: ¿en qué medida podrá absorber los lazos de solidaridad entre grupos sociales y al interior de ellos? ¿Hasta qué punto esta hipótesis de la eficiencia, entendida como expansión exhaustiva de la razón costo-beneficio, impondrá un carácter administrativo y gerencial a las relaciones interpersonales? ¿Qué formas de resistencia tratarán de contrarrestar este tipo de secularización cuando comience a diseminarse en todo su potencial?

En los países industrializados, esta nueva secularización ha sido absorbida como promesa de mayor desarrollo individual. A medida que la relación de los individuos con el entorno se mediatiza cada vez más con operaciones de "uso eficiente" de la información, las posibilidades de desarrollo individual, en lugar de aplanarse, se expanden. La razón instrumental no parece inhibir la diferenciación de identidades, sino más bien constituye un acervo cultural que puede ponerse al servicio del desarrollo de la personalidad. Este es, al menos, el argumento apologético del discurso pro-tecnológico. A cada cual según sus especialidades, y de cada cual según sus motivaciones. Casi como un juego. La cultura del *software* permite traducir la razón instrumental a la pasión personal. El individualismo y la tecnificación progresiva de las vidas privadas y públicas se compatibilizan sobre la marcha. Al menos como utopía posible.

América Latina insinúa un escenario donde otras condiciones toman menos pensable esta reconciliación. En el Brasil, el país-puntal de la industrialización en el continente, las promesas del individualismo tecnológico podrán encarnar, con suerte, en un tercio de la población que se moderniza a pasos de gigante. En los otros dos tercios, los niveles de ingreso

y el escaso acceso a los beneficios de la modernidad constituyen un muro opaco contra el cual se estrellan las expectativas de diferenciación personal. En todos los países de América del Sur, las exigencias de saneamiento de los equilibrios macroeconómicos y de modernizar lo modernizable, sumado a la tremenda e histórica heterogeneidad productiva y social, imponen un gran signo de interrogación a la confluencia feliz entre tecnificación y desarrollo individual. En una economía donde habita un continente desbordante de excluidos, y con frágiles mediaciones entre la organización colectiva en ellos y el poder público, cuanto más penetra la lógica de la eficiencia en todas las esferas de la vida, más aumenta también el potencial de manipulación de los excluidos por parte de los integrados. Sociedades tan inequitativas como las nuestras pueden tecnificarse; pero mientras permanezcan con tan altos niveles de exclusión, uno de los campos más fértiles de tecnificación será el del manejo cada vez más modernizado de la pobreza para responder tanto al afán de lucro de los dueños de la técnica como a la racionalidad instrumental de sus operadores.

Esta visión peca, sin duda, de maniqueísmo. El corte entre integrados y excluidos no es tan nítido, y la expansión tecnológica también puede llegar, en grados más reducidos, a la población menos productiva. Valga, empero, la exageración del párrafo anterior con fines ilustrativos: el desarrollo individual es pensable como efecto del despliegue de la razón instrumental y de la expansión tecnológica (aunque está claro que no lo garantiza), sólo en la medida en que la integración social de las sociedades sudamericanas lo hagan viable. De lo contrario, los efectos de este despliegue tienden a lo contrario: a la manipulación intersubjetiva y a la consagración de relaciones de uso y dominio en un orden social sumamente inequitativo.

## LA CULTURA DE LA PRIVATIZACIÓN

Un fantasma recorre el mundo: el de la privatización. Entrar en sus causas y móviles es reiterar lo archidicho: ineficiencia del sector público, entropía del Estado Benefactor y del Estado Empresario, hegemonía ideológica y productiva del capitalismo, y/o demandas legítimas de mayor autonomía por parte de los actores sociales. Pero, ¿cuáles son los impactos de esta ola privatizadora sobre la cultura en el continente latinoamericano? ¿En qué sentidos modifica la vida de las personas y sus valores?

La internalización cultural de la privatización no puede tener un impacto homogéneo sobre distintos segmentos sociales.

En los sectores empresariales modernos, la privatización probablemente va acompañada de un marcado sentimiento de protagonismo en la vida nacional. Esto también se ve reflejado en las propuestas vigentes del desarrollo, en las cuales el agente empresarial privado ocupa el lugar de preferencia. La voluntad de expansión del empresariado aparece revitalizada por un campo de acción privada que no parece tener límites. La diversificación de actividades e inversiones en ese campo multiplica las redes de relaciones entre pares. Estas relaciones pueden ser provisionarias y "tácticas" en un mundo que el propio protagonista define como un campo de cambios continuos. El sentido de la oportunidad se agudiza más que nunca. Los movimientos de capitales se aceleran y el ojo debe ir a la velocidad de la mano. Decisiones rápidas y lúcidas hacen a un buen empresario moderno.

En el campo del consumo, los sectores altos interiorizan el mismo patrón de diversificación y aceleración. La mundialización de las economías nacionales empujan, con redoblada velocidad, a la imitación de pautas de consumo de los pares del mundo industrializado. Para capitalizar la oferta de una gama creciente de bienes y servicios, los sectores altos tienen que mantener la misma hiperkinesia en el consumo que en las inversiones. La vida entera se racionaliza para poblar lo cotidiano de múltiples efectos especiales: partidos de tenis, cursos de relajación, gimnasios con sofisticada tecnología, producción de videos caseros, juegos en la computadora, comunicación con redes internacionales a través de un terminal en el hogar, viajes en paquetes, y la inmortal televisión.

Protagonismo y provisionariedad conviven en el nuevo espíritu de las clases pujantes. La privatización individualiza los vínculos, pero los sumerge en un vaivén disolvente. La densidad del mercado aligera los lazos. La vida privada se divide en muchas vidas con distintos grupos de referencia, unidas por el delgado hilo de las complicidades. La palabra "superficial" se disimula con la máxima de "estar a la altura de los tiempos".

Sin duda, la descripción que propongo peca de caricaturesca. Pero, una vez más: valga la exageración para graficar el temple.

Del lado de los pobres, la ola privatizadora se internaliza con efectos muy distintos. El desdibujamiento del Estado asistencial y de algunos consagrados mecanismos de movilidad social, fuesen efectivos o simbólicos, genera tendencias contradictorias en la órbita de los excluidos. La cultura de la supervivencia se expresa en dos instancias en la solidaridad del barrio y en la selva de la anomia. La incertidumbre respecto del futuro tiene más que ver con el temor que con la creatividad, pero obliga a la creatividad para conjurar el temor. Por



necesidad, lo privado se hace mucho más público que en los sectores altos: la calle es el lugar para resolver las carencias más apremiantes, sea para asociarse con los vecinos, sea para asaltarlos. Lo provisorio cambia de nombre aquí, y se hace simple y llanamente precario. La liviandad se transmuta en orfandad, la diversificación en fragmentación.

¿Qué pasa con la sensibilidad? Exacerbación de la cultura de la pobreza como cultura de "reproducción restringida", introversión desencantada, extroversión agresiva y comunitarismo espasmódico. La privatización obliga a la acción y a la vez la condena a la subsistencia. La brecha entre expectativas y logros se ensancha a un extremo en que la autoconfianza se fractura y la realidad se hace más irreal. La democracia se convierte, por un tiempo, en el sucedáneo simbólico de la movilidad social. Se puede ejercer la identidad social por medio de la participación política, la iniciativa comunitaria y la libertad de expresión. Pero, sin movilidad social o perspectivas de acceder a niveles aceptables de bienestar, la misma democracia desmotiva a los pobres. Lo privado deviene privación.

Otra vez exagero o generalizo. Y otra vez, valga la dramatización para ilustrar la sensación. Por cierto, la trama cultural del continente no se agota en estos dos extremos del arco social, pero son estos extremos los que sugieren los límites del universo de discurso —o de discursos—. El terror de la precariedad y la tentación de la diversidad operan como dos grandes fantasmas culturales, situados en las antípodas de un horizonte de referencia que permite a los individuos y actores colectivos formular sus propias mediaciones.

## II

Lo que en las reflexiones precedentes he querido poner de relieve es un conjunto de *imágenes límites*, tanto en el diagnóstico de tendencias como en el juego de prestidigitación. Las tendencias actuales no se limitan al desencanto por la pérdida de una mística social emancipadora y al triunfalismo privatista e instrumentalista. Tales desencantos y triunfalismos son los límites dentro de los cuales conviven muchas conjugaciones posibles: no ocupan el centro del discurso sino que señalan sus extremos. Son las murallas que circundan la ciudad. Pero en ella se desplaza una multitud de símbolos y visiones de mundo que componen una intrincada malla de sensibilidades colectivas.

La reflexión de la posmodernidad ha querido hacerse cargo de esta crisis de los grandes relatos históricos, de la desmitificación de las vanguardias políticas y estéticas, de la

desconfianza frente a las utopías, y del quiebre de la imagen de una historia humana regulada por la marcha de la razón. A esta crisis opone la imagen de un mundo poblado de múltiples racionalidades, órdenes intersticiales, certezas fragmentarias y utopías fugaces o de pequeña escala. Se reivindican saberes "subterráneos" donde el esoterismo se mezcla con el comunitarismo, el arte con la publicidad, y la revuelta con la recuperación del cuerpo y de la expresividad. Difícil distinguir hoy entre qué es parte de una voluntad de ruptura, y que se puede atribuir a la voluntad de conservación. La euforia de las nuevas tecnologías deja poco espacio para la crítica respecto de los usos de dominio y manipulación ejercidos por las mismas. La preocupación por conservar la democracia y ampliar los consensos es indispensable, pero hay que vacunarla contra la evasión respecto de problemas tan urgentes como la distribución más justa de los frutos del desarrollo, la afirmación de nuestra especificidad cultural, la ampliación de la democracia social y el potencial expresivo de nuestras sociedades.

Frente a un panorama definido, en gran medida, por los antecedentes recién señalados, es claro que el discurso "humanista-crítico", tan bien prestigiado hace tres décadas y tan inofensivo y errático hoy día, requiere de una profunda reformulación si pretende impactar con propuestas de ordenamiento societal. El sentido del humanismo "moderno" y secular tiene que repensarse en función de los nuevos escenarios de secularización extrema si quiere ir más allá de la invocación retórica y esencialista acerca de la dignidad humana, del valor de las personas y de la actualización de potencialidades. ¿Por dónde retomar, pues, esta vocación, sin restringirse al ritual de la denuncia, a la mera apelación a la buena voluntad, o a discursos maniqueos y bucólicos?

En este cruce de grandes relatos en crisis y nuevas olas secularizadoras que se intensifican por el lado de la técnica y de las relaciones de mercado, el papel de las "humanidades" sólo puede tener sentido si se reformula con bastante radicalidad. La apelación genérica a la esencia humana, a los grandes valores como la igualdad de derechos, la libertad de conciencia y el espíritu solidario, difícilmente puedan movilizar energías sociales si no se pueblan con contenidos algo más precisos y en función de la nueva escena del desarrollo.

En este clima, el humanismo (como valor, pero sobre todo como reflexión), goza de un status bastante ambiguo. Por un lado, me parece que flota en el aire una especie de resistencia a la "discursificación" de la historia que estamos viviendo, resistencia que parte sobre todo por identificar la tendencia a la reflexión "profunda" con épocas pretéritas, utopías obsoletas o exceso de ideología. Del lado de la cultura triunfante, el lema sería: más acción y menos vueltas al asunto.

Hiperkinesia vital para salir del embotamiento de la nostalgia, de la perplejidad de las grandes preguntas, del espíritu grave y del peso de la historia. Del lado de los excluidos, no hay tiempo para las humanidades: o bien hay que sobrevivir, o bien el discurso tiene que encarnar en prácticas inmediatistas de resistencia o impugnación del orden excluyente. En ambos casos, el discurso humanista aparece más como una letanía que como una apelación a nuestra esencia.

Por otro lado, el humanismo retoma cierto atractivo a la luz de un paisaje cultural huérfano de grandes síntesis. A medida que el liberalismo encarna como práctica hegemónica perderá encanto como discurso utópico, y el casillero vacío de los metarrelatos abrirá, probablemente, demanda de filosofías (en plural). En esta compuerta que se destapa, las aguas que echan a correr pueden ser muy diversas: incluyen esoterismos variados, vertientes de religiosidad popular, microutopías comunitarias, eventos festivos, transgresiones a la vida cotidiana, y artes experimentales que renuevan la expresividad. El viejo problema de la identidad latinoamericana, lejos de resolverse en la modernización de mercado, exacerba sus fisuras. Las respuestas difícilmente podrán darse en este campo. Las mutaciones en los límites de lo público y lo privado, la tensión entre la mentada racionalidad comunicativa y las fuerzas expresivas de la cultura popular, la síntesis entre democracia y afirmación de identidades socioculturales, en algún momento reclaman una reflexión integradora.

Las opiniones en curso parecerían apuntar hacia nuevas mediaciones entre el humanismo y su objeto, o entre el conocimiento y la realidad. Un poco de iluminismo y de utopismo para conjurar el sesgo excesivamente pragmático o limitar las apologías acrílicas que se hacen de las funciones del mercado. Ampliar, quizás, el concepto de racionalidad al ámbito de la autoproducción cultural de la sociedad, a las nuevas estrategias de vida, a lo irreductiblemente mestizo que subyace y sobrevive en América Latina. Hablar en plural, en perspectivas, en simulacros o en escenarios alternativos. Ser más humildes en la transmisión de saberes, pero más aventureros en la experimentación con los saberes. Llevar el valor del pluralismo desde la opción política hacia la opción epistemológica. Modificar tanto la forma como los contenidos, la *actitud* personal tanto como el objeto: convertirse, por un tiempo, en el propio objeto de investigación, compenetrarse con las propias emociones del desencanto, la perplejidad personal y de los pares y prójimos. No descartar nada por irracional o por irrelevante. Mirar de cerca los matices y los perfiles culturales, los rasgos de sensibilidad y de personalidad.

La tradición de las humanidades es capaz de crear *en la medida en que interprete* el movimiento real de la sociedad (o de



los múltiples movimientos de la realidad social); para ello tiene que alimentarse de las energías culturales que la propia sociedad es capaz de generar como materia prima para sus elaboraciones. Si hoy esas energías permanecen opacas o refractarias, la reflexión humanista tendrá que desarrollar un nuevo ojo clínico, practicar con su propio cuerpo desencantado o abismado y desde allí provocar al imaginario social a la expectativa de una nueva vuelta del péndulo. Estar atento, evitar esa típica obesidad discursiva de quienes tienen poco que proponer de verdad, *empatizar* con lo que viene para así poder compenetrarse con nuevas racionalidades. Mantener un cierto vitalismo y, a la vez, esa mirada crítica y develadora en la que sobrevive lo mejor del humanismo moderno.

No quiero con esto caer en la receta de salidas fáciles del discurso postmoderno. No estoy hablando aquí de celebrar el desencanto, ni de proclamar que por fin las humanidades podrán liberarse de las "cadenas" de la Razón, del Logos, del compromiso con la historia y con el final de la historia. No quiero tampoco reducir los problemas éticos a una ambigua mirada estética, ni los problemas prácticos a opciones absolutamente individuales. No quiero suavizar la heterogeneidad social y estructural bajo el galante epíteto de "plasticidad".

Tampoco creo que la crítica de la direccionalidad histórica –sobre todo de la historia presente– deba inducir a la negación de toda direccionalidad capaz de conferir sentido y orientación a la sociedad en su conjunto. Pero si las humanidades quieren ir más allá del ritual de la exégesis en el claustro universitario, si quieren romper con el molde taxonómico de la práctica del conocimiento en los centros de investigación, tendrán que dejarse contaminar un poco por las nuevas sensibilidades proclamadas en el discurso postmoderno. Sin que eso tenga que conducir a esa visión *cool* de problemas que, como son los grandes problemas sociales en América Latina, más bien hierven.

Tal vez esta contaminación agudice el espíritu y permita redescubrir nuevas tendencias incipientes en las cuales hay nuevas racionalidades y utopías en gestación: sea la utopía que se ha querido atribuir a los nuevos movimientos sociales (con su respeto por la diversidad, su voluntad de autonomía local, su vocación solidaria); sea la utopía que privilegia la especificidad cultural de América Latina y que desde allí busca pensar formas más auténticas de convivencialidad; sea la utopía más formalista que anida potencialmente en las nuevas democracias, entendidas como promesa de mayor participación política, mayor gestión ciudadana, mayor ciudadanía; sean nuevas formas por venir del campo del arte, de la producción intelectual o de las estrategias para sobrevivir.

Por ahora, valga esta rara combinación de prudencia y aventura, esta apertura en las perspectivas, esta experimentación en el conocer, esta heterodoxia a la espera de los nuevos signos.